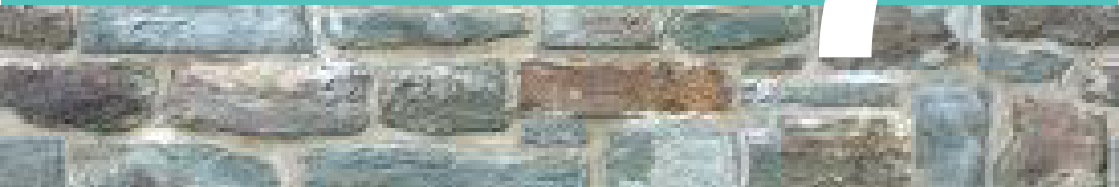


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

7



Texto de la Regla

Artículo 7.

Como “hermanos y hermanas de penitencia”, en fuerza de su vocación, impulsados por la dinámica del Evangelio, **conformen su modo de pensar y de obrar al de Cristo**, mediante un radical cambio interior, que el mismo Evangelio denomina con el nombre de “conversión”; la cual, debido a la fragilidad humana, debe actualizarse cada día.

En este camino de renovación, el Sacramento de la Reconciliación es signo privilegiado de la misericordia del Padre, y fuente de gracia.



Contemplación:

El camino de la penitencia franciscana nos conduce directamente a la cruz. La cruz fue la obsesión divina de Francisco. Como Pablo, “no quería saber otra cosa que Cristo, y Cristo crucificado” (Cor. 22, 2). La penitencia de Francisco culminó en el Averno. Allí tuvo lugar el milagro de una transformación que por incendio del amor divino “cristificó” la naturaleza humana del Pobrecillo. Y con esto se acercó más a nosotros, pobres discípulos, la figura de Cristo en la de nuestro Padre, pobre y llagado.

Francisco fue penitente. Se sacrificó y mortificó su cuerpo de tal modo que, al final de su vida, pidió perdón al “Hermano Asno” que tan fielmente le había servido.

Siendo la penitencia la base de la espiritualidad franciscana, los primeros seglares que se ampararon en la Tercera Orden fueron llamados “Hermanos y hermanas de la Penitencia”.

El optimismo y la alegría franciscanos no dependen de la belleza efímera de las cosas, ni de los goces que provienen de entregarse a los placeres de la vida. No. Vienen de afinar el ideal y el corazón en el Bien Eterno. Vienen de la pobreza absoluta por la que el franciscano todo lo ha renunciado y de Dios ha recibido el ciento por uno. “Así, el franciscano, mientras más renuncia, más sufre y más al corazón le llega la herida, tanto más canta, más agradecido se muestra a Dios y entonces comienza a creer que vale algo a sus divinos ojos. Cuando a los de los hombres ya no sirve para nada. Así nosotros, tanto adelantaremos en el seguimiento de Jesucristo, en la adquisición de sus virtudes, cuanto MÁS NOS ABRACEMOS A LA CRUZ.” (tomado de un comentario a la Regla hecho en Italia)

Este es el sentido de la penitencia. Es innecesaria la búsqueda de mortificaciones. La hidalguía y reciedumbre de los franciscanos consiste en aceptar nuestras cruces con alegría. Sentirnos de veras lo que realmente somos: pequeñitos, muy pequeñitos, y obrar y sentir en consecuencia.

PARA REVISAR Y PENSAR:

CONVERSIÓN

Pero el camino hasta alcanzar este estado de gracia está plagado de tentaciones y de caídas, de errores y confusiones, de blanduras y auto justificaciones.

Por eso Jesús nos dejó marcado un camino: EL PERDÓN. Y un remedio: EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN. Y de esto emerge, inmensa, prometedora y salvífica, la palabra que pronunciamos a menudo, pero que pocas veces valoramos en su verdadera profundidad: CONVERSIÓN.

Nosotros tenemos en Francisco el modelo de un hombre que resolvió personalmente el problema fundamental de la fe, superó sus crisis, supo buscar, encontrar y experimentar a Cristo. De Francisco y su ejemplo para la constante conversión podemos tomar estos tres consejos:

a) Dar primacía a lo espiritual: no apartar la mente y el corazón de Dios, vivir orando, ADORAR EN ESPÍRITU Y VERDAD.

b) Apartarnos de todo impedimento. Es decir, vivir siempre vigilantes. Nada, ni familia, ni trabajo, ni afán alguno debe apartarnos de lo único verdaderamente necesario: “vivir limpios y estar atentos a la divina Presencia” (1ra. Regla, Cáp. 22).

c) Descubrir, por nosotros mismos la experiencia de Dios. “Nada deseemos, nada queramos sino a Dios (1ª Regla, cap. 22). No debemos cesar de alabar y adorar al Señor, porque necesitamos ser “quemados por su fuego”. El franciscanismo es RADICALISMO EN LA FE, EN EL AMOR, EN LA ORACIÓN, EN EL ABRAZO PERMANENTE CON CRISTO.

En otras palabras, el secreto consiste en una vida mística, en asomarnos al misterio de Jesús que no es misterio por lo oscuro, sino por exceso de luz. Dejémonos bañar por esa luz hasta que nos transforme en hombres nuevos. Esta es una tarea que nunca se termina. Mientras estamos en este mundo, mientras vivimos en el tiempo, nuestra búsqueda es convertirnos a Jesús. Desde esta conversión constante al Rey, surgirá la conversión al Pueblo del Rey, la conversión a las criaturas del Rey, la conversión del mundo en Reino.



ACTIVIDADES:

Como “hermanos y hermanas de penitencia” que somos, estamos llamados a la conversión. Esto quiere decir que Dios nos ofrece su misericordia infinita y nos perdona nuestros pecados.

1) Leer los artículos 1846 al 1851 del Catecismo de la Iglesia Católica y definir qué es el pecado.

Comentar en fraternidad las conclusiones.

2) Leemos en la Biblia:

Lc. 15, 11-32

El pecado como rechazo y ofensa a Dios que nos crea y ama con infinita misericordia

Deut. 30, 14-15.19-20

Rom. 12,9

El pecado como negación al amor, a la vida y a la verdad.

Jn. 3, 19-20

Lc. 11, 33-36 Es rechazo de la luz.

Jer. 2, 5 37 Es rechazo del verdadero Dios, para adorar y esclavizarse ante los ídolos de los falsos valores.

Jn. 8,34-35 El pecado es esclavitud.

Qué nos dice San Pablo sobre este tema en:

Flp. 3, 18-20

Rom. 8, 19-22

En las FUENTES FRANCISCANAS:

Llevado por el Espíritu Santo, Francisco imita a Cristo en su actividad redentora.

...el Hijo unigénito de Dios, Sabiduría eterna, descendió del seno del Padre por la salvación de las almas: para amaestrar al mundo con su ejemplo y predicar el mensaje de salvación a los hombres, a quienes había de redimir con el precio de su sangre divina, purificarlos con el baño del agua y sustentarlos con su cuerpo y sangre, sin reservarse para sí mismo cosa alguna que no hubiese entregado generosamente por nuestra salvación. Y como nosotros debemos obrar en todo conforme al ejemplo de lo que vemos en Él, como modelo mostrado en lo alto del monte, parece ser más del agrado de Dios que, interrumpiendo el sosiego de la oración, salga afuera a trabajar (LM 12,1)

En verdad, asistían al siervo Francisco -adondequiera que se dirigiese- el espíritu del Señor, que le había ungido y enviado, y el mismo Cristo, fuerza y sabiduría de Dios, para que abundase en palabras de sana doctrina y resplandeciera con milagros de gran poder. Su palabra era como fuego ardiente que penetraba hasta lo más íntimo del ser y llenaba a todos de admiración, por cuanto no hacía alarde de ornatos de ingenio humano, sino que emitía el soplo de la inspiración divina. (LM. 12, 7)





Heraldo del gran Rey en el mundo entero,

Así como los Apóstoles, Francisco fue enviado por Dios para dar testimonio de la verdad en el mundo entero. Al oírlo, cualquiera se convencía de que toda la sabiduría del mundo no es más que locura. La locura de su predicación devolvió pronto a los hombres la sabiduría de Dios manifestada por los ejemplos de Cristo. Este nuevo Evangelista, cual río salido del Paraíso, derramó por doquier los raudales del Evangelio y enseñó con su ejemplo el camino que nos mostró el Hijo de Dios con su doctrina de Verdad. (1 C. 89)

Francisco quiere Promover la alabanza y amor a Dios

De tal modo deben vivir los hermanos en medio del mundo, que al oírlos o verlos glorifiquen todos al Padre celestial y devotamente lo alaben. (TC. 58)

¡Bienaventurado el hermano que no halla placer ni alegría sino en las palabras y obras santísimas del Señor, y se vale de ellas para llevar a los hombres al amor de Dios con toda alegría y gozo! (Adm 21, 1-2)

Francisco ama a los hombres y quiere salvarlos.

Afirmaba que no hay cosa más importante que la salvación de las almas, y lo probaba con la cruz en la cual el Hijo de Dios quiso morir por las almas. En eso reside el secreto de su fervor en la oración, de su constancia en predicar, de lo desmedido en sus ejemplos. No se hubiera juzgado amigo de Cristo sin amar a las almas como él las había amado. (2 C. 172)

Le contestó Clara: “La voluntad del Señor es que vayas a predicar por el mundo; pues no te ha elegido para ti solo sino también para la salvación de los demás.” Al oír esta respuesta y conocer por ella la voluntad de Cristo, Francisco se levantó luego con grandísimo fervor y dijo: ¡Vamos en nombre de Dios!” (F. 15)

Crucificado ya con Cristo en el cuerpo y en el alma, Francisco ardía como él en amor seráfico por Dios, y como él estaba sediento de la salvación de todos los hombres. Por lo cual, poco menos que moribundo pedía que lo llevarasen —pues los clavos que traspasaban sus pies ya no le permitían andar— por ciudades y pueblos para animar a los demás a llevar la cruz de Cristo. (LM. 14,1)





Para seguir reflexionando:



Quiere incitar a todos a la conversión del corazón;

A todas las naciones y a todos los hombres que viven y vivirán en cualquier parte del mundo, les pedimos y suplicamos humildemente, nosotros todos, sus hermanos menores y siervos inútiles, que perseveren con nosotros en la verdadera fe y penitencia. (1R 13,7)

Quiere llevar a todos la paz y la reconciliación.

Al iniciar cada una de sus prédicas deseaba la paz a los asistentes antes de transmitirles la Palabra de Dios. Decía: “¡El Señor les dé paz!” Aquella paz, la deseaba siempre de lo más íntimo del corazón a hombres y mujeres, a cuantos encontraba o cruzaba en su camino. Con la gracia del Señor, tal costumbre tuvo a menudo por efecto llevar a los rebeldes a la paz y enemigos de su propia salvación, a abrazar la verdadera paz con todo afecto y a convertirlos, a ellos también, en hijos de la paz y beneficiarios de la salvación eterna. (1C. 23)

Le dolía ver que nadie, ni religioso ni seglar, se interpusiera para restablecer la paz y la armonía entre el podestá y el obispo de Asís. Dijo, pues, a sus compañeros: “Es gran vergüenza para nosotros, siervos del Señor, que el podestá y el obispo tanto se odian y que no se encuentre nadie para restablecer entre ellos la paz y la concordia.” (LA. 44)

Francisco nos deja en herencia un espíritu misionero universalista

El piadoso Padre convocó a todos sus hijos, les habló largamente del Reino de Dios, del desprecio del mundo, de la renuncia a la propia voluntad y de la mortificación corporal; manifestó su propósito de enviarlos a predicar por las cuatro partes del mundo. La que parecía estéril simplicidad de nuestro Padre apenas le había engendrado siete hijos, y, sin embargo, ya anhelaba engendrar a todos los fieles para Cristo nuestro Señor, llamándolos a todos a la penitencia. (LM. 3, 7)

Oración:



Sumo, glorioso Dios,
ilumina las tinieblas de mi corazón
y dame fe recta,
esperanza cierta
y caridad perfecta,
sentido y conocimiento, Señor,
para que cumpla tu santo y verdadero mandamiento.